



Entendiendo la Misa

2ª Parte

La Liturgia de la Palabra

El Leccionario

Durante el Concilio Vaticano II, el Leccionario se desarrolló en base a los estudios que se habían hecho de la Iglesia primitiva. Los cristianos de los primeros siglos después de Cristo adaptaron el culto de la sinagoga judía para la celebración de la Eucaristía. Al igual que sus ancianos judíos, la Iglesia eligió lecturas continuas de la Ley y los Profetas, añadiéndoles las Cartas de san Pablo y las historias de Jesús que se encuentran en los Evangelios.

Ciertas lecturas estaban asignadas a celebraciones festivas particulares o a lugares de peregrinación que conmemoraban la vida de Cristo.

El Leccionario actual proporciona una lectura continua de las Sagradas Escrituras - un ciclo de tres años para los domingos y un ciclo de dos años para los días de semana. Cada año del ciclo dominical se enfoca en un Evangelio en particular (Mateo - Ciclo A; Marcos - Ciclo B; y Lucas - Ciclo C). Algunos pasajes del Evangelio de san Juan aparecen en diferentes momentos durante los tres años.

Puedes notar que las primeras lecturas y los salmos responsoriales son seleccionados para resaltar algún aspecto del Evangelio del día. Las segundas lecturas son generalmente una lectura continua de una carta particular de san Pablo o de otra de las Cartas pastorales. Durante el Tiempo Pascual, la primera lectura proviene de los Hechos de los Apóstoles y la segunda lectura, a veces, del Libro del Apocalipsis.

El ministerio de Lector

El Lector tiene un papel vital en la Liturgia de la Palabra. Él o ella tiene la responsabilidad de proclamar la Palabra de Dios. Como tal, debe ser un excelente lector que estudia los textos bíblicos, se prepara y practica para proclamarlos adecuadamente.

Dado que la Iglesia enseña que es Cristo quien nos habla en la Palabra, todos en la asamblea deben poder escuchar y comprender las lecturas cuando se proclaman, sin tener que depender de leerlas de un libro.

¿Qué es el ambón?

El ambón es el lugar desde donde se proclaman las lecturas, el salmo responsorial, el Evangelio y la homilía. El ambón es el altar de la Palabra. Debe ser de naturaleza sustancial y similar en diseño al altar y al mobiliario del santuario. También, debe distinguirse del atril o podio desde el cual se hacen anuncios o se conducen los cantos.

El silencio es clave

La Instrucción General del Misal Romano fomenta momentos de silencio después de cada lectura, para promover la oración y la meditación a través de la cual cada oyente pueda escuchar la voz del Señor. Debemos recordar que no estamos escuchando narraciones "históricas", sino que el Señor nos está hablando hoy y ahora.

La primera lectura

Como se señaló anteriormente, la primera lectura se toma de las Escrituras judías - la Ley, los Profetas, la Literatura sapiencial o los Libros históricos. Esta lectura suele presagiar de alguna manera el texto del Evangelio que se leerá a continuación en la Misa. De esta manera, la asamblea llega a saber que Dios ha obrado Su salvación a lo largo de la historia, en personas reales como nosotros.

Durante el Tiempo Pascual, la primera lectura se toma de los Hechos de los Apóstoles para que recordemos cómo el Espíritu Santo reunió a personas de muchos idiomas y orígenes en la comunidad de la Iglesia.

El salmo responsorial

Los salmos son el Himnario de la Iglesia y en ellos se expresa el espectro de las emociones humanas. Se usan en el contexto de la liturgia de la Palabra para ayudarnos a darnos cuenta de que, a través de generaciones, los creyentes han cantado estas palabras convirtiéndolas en su propia oración a Dios. Es como decir, *el Señor es mi Pastor, nada me falta*.



La segunda lectura

La segunda lectura suele tomarse de una de las cartas de san Pablo o de otra de las cartas pastorales del Nuevo Testamento. Si bien la segunda lectura no se conecta intencionalmente con la primera lectura o el Evangelio, nos describe la sabiduría que los primeros pastores de la Iglesia ofrecieron a sus comunidades que, como la nuestra, lucharon por comprender cómo aplicar las enseñanzas cristianas a la vida diaria. La respuesta tanto a la primera como a la segunda lectura es: “Te alabamos, Señor”, mientras alabamos y agradecemos a Dios por hablarnos.

La aclamación del Evangelio

El “Aleluya” que se canta durante la mayor parte del año litúrgico no es solo un canto - es un acto de la asamblea en el cual nos ponemos de pie para acoger con gran alegría a Cristo, presente en la Buena Nueva. Esta aclamación es tan importante que el Misal Romano exige que siempre se cante, y no se recite.

Durante la Cuaresma, el Aleluya no se canta hasta que se anuncia la Resurrección en la Pascua cuando, por necesidad, el Aleluya se canta repetidamente. Durante la Cuaresma se canta una estrofa alabando a Cristo presente en el Evangelio.

¡Aleluya!

La proclamación del Evangelio

La proclamación del Evangelio es tan importante que está rodeada de los rituales que se detallan a continuación:

Cambio de postura—con el canto de la aclamación al Evangelio, la asamblea se pone de pie. Estar de pie es siempre un signo de la Resurrección, y nos invita a la escucha activa de las palabras del Evangelio.

El diálogo de apertura —el diácono o sacerdote que proclama el Evangelio nos informa que es Cristo quien nos habla directamente. El Señor este con ustedes. Y con tu espíritu (palabras dirigidas a Cristo). Lectura del santo Evangelio según N. Gloria a ti, Señor (nótese que el “ti” también se refiere a Cristo). Cristo entonces nos habla hoy y ahora.

La señal de la cruz —el acto de hacer la señal de la cruz tres veces (en la frente, labios y pecho) es un gesto ritual en el que no pensamos pero que imita lo que hace el diácono o el sacerdote cuando oran: “Que el Señor esté en mi mente, en mis labios y en mi corazón para que pueda proclamar dignamente el santo Evangelio”. Proclámalo de palabra y obra hoy y durante toda la semana.

El libro de los Evangelios —los Evangelios son tan valiosos que están reunidos en un libro separado de las otras lecturas. Los Evangelios son de primordial importancia en la vida de un cristiano y son el lente a través del cual interpretamos todas las Sagradas Escrituras. El libro de los Evangelios puede estar muy adornado o tener una cubierta decorativa.

La procesión del Evangelio —tan importante es la proclamación del Evangelio que el Libro mismo es llevado con honor y dignidad desde el altar hasta el ambón. Como en todas las procesiones, este es un momento para que la asamblea se una y se enfoque.

Otras reverencias ante el Evangelio —el libro del Evangelio y la proclamación del Evangelio se reverencian acompañados de velas y, en ocasiones especiales, con el uso de incienso. Además, la página en la que está escrito el Evangelio es besada con reverencia por el diácono, sacerdote u obispo. Cuando el Obispo preside la liturgia, puede bendecir la asamblea con el libro de los Evangelios al final de la proclamación del Evangelio

La proclamación —las palabras de Cristo dirigidas a la asamblea generalmente se proclaman en palabras habladas. Sin embargo, en ocasiones especiales, las palabras se cantan para resaltar su importancia y alentar la escucha atenta por parte de la asamblea.

La homilía

Después de la proclamación del Evangelio, el celebrante tiene la responsabilidad de dirigirse a la asamblea, conectando las palabras proclamadas con la vida cristiana. Las homilías requieren preparación, y los fieles deben tener presente que no todos los sacerdotes y diáconos son oradores dotados. La homilía no pretende ser un entretenimiento, sino un llamado serio a los creyentes, animándolos a vivir el Evangelio.

La Profesión de fe

De nuevo, la Iglesia proclama su unidad declarando juntos nuestra fe.

La Oración de los fieles

La oración es la respuesta más inmediata después de escuchar la Palabra de Dios proclamada, y reafirmar los principios de nuestra fe. Estas oraciones universales no son anuncios, son oraciones ofrecidas por la Iglesia en general, las autoridades civiles, las necesidades comunitarias, los pobres, los enfermos y los difuntos.